

El problema de la autenticidad en el patrimonio arquitectónico del siglo XX: consecuencias en la evolución teórica de la restauración

The problem of authenticity in the 20th Century architectural heritage:
consequences for the theoretical evolution of the restoration

Alejandro García Hermida

Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid

RESUMEN

Pese a lo acontecido durante las reconstrucciones que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, los conservacionistas postulados de la Carta de Atenas se verían nuevamente refrendados por la Carta de Venecia de 1964, documento que guió durante décadas los trabajos de restauración y conservación de nuestro patrimonio arquitectónico y cuyos principios son aún hoy con frecuencia reivindicados como universalmente válidos. Sin embargo, su limitada visión del problema ha sido ampliamente trascendida por los requerimientos reales de la práctica de la restauración arquitectónica, y singularmente en la que se ocupa de aquellos hitos arquitectónicos del siglo XX que hemos optado por preservar. Por esta causa, podemos tomarla como modelo de particular validez para analizar en qué ha consistido esta evolución y cómo y por qué se ha producido.

INTRODUCCIÓN

La historia de la restauración y conservación de nuestro patrimonio arquitectónico es una historia teñida de agrios debates y controversias que aparentan ser interminables. Y tampoco queda libre de ellos la del patrimonio edificado en el siglo XX. Desde que comenzaran a desarrollarse lo que Aloïs Riegl denominó “el culto moderno a los monumentos” y las formulaciones teóricas acerca de cómo

ABSTRACT

In spite of what occurred during the reconstructions following the Second World War, the conservationist postulates of the Athens Charter were endorsed again by the Venice Charter of 1964, document which guided during decades the restoration and conservation works on our architectural heritage and whose principles are still frequently claimed as universally valid ones. Nevertheless, its limited understanding of the problem has been widely transcended by the real requirements of practicing architectural restoration, and singularly in the one which deals with those architectural landmarks of the 20th Century that we have chosen to preserve. Because of this, we can use it as a particularly valid model to analyze what this evolution involves and how and why it has happened.

ha de acometerse su conservación y restauración, no ha existido nunca consenso sobre qué caracteres esenciales determinan su autenticidad. Es decir, sobre qué es lo que realmente apreciamos y por tanto necesitamos preservar de él. Aún hoy, pese a la multiplicidad de aproximaciones al problema existentes, pervive la tradicional dualidad entre quienes sistemáticamente dan prioridad a la conservación material del patrimonio y quienes consideran que sus valores artísticos o arquitectónicos están por encima de

ella. Es más, incluso siguen encontrando aceptación las posturas más excluyentes de quienes defienden las puras conservación o restauración como únicas vías posibles.

Frente a dicha heterogeneidad, ha existido igualmente una continuada voluntad de fijar unos principios universalmente válidos que guiaran la práctica y contribuyeran a minimizar los riesgos que ésta supone. Y no cabe duda de que el reconocimiento de la universalidad de buena parte del patrimonio edificado legitima desde un primer momento el emprender tales iniciativas, pues su fin ha sido siempre el control general de la salvaguardia de unos bienes considerados comunitarios.

Sin embargo, menos legítimo resulta el tratar de imponer por esta vía restricciones ideológicas particulares o válidas tan solo ante determinadas circunstancias, llegando a proscribir métodos o procedimientos concretos que pueden resultar en ocasiones necesarios. El pretender limitar, en definitiva, las posibles soluciones ante los muy diversos problemas que se nos plantean en este tipo de intervenciones. Pero desgraciadamente, tales prácticas han sido comunes en declaraciones y legislaciones nacionales e internacionales.

Por ello, los profesionales dedicados al patrimonio arquitectónico con frecuencia hemos tenido que aprender a esquivarlas u obviarlas total o parcialmente cuando las peculiaridades de cada caso conllevaban obrar de tal modo. Evitando así actuar en detrimento de los valores que reconocíamos como esenciales en él. Las intervenciones dirigidas a la preservación del patrimonio arquitectónico del siglo XX han contribuido de modo especial a poner de relieve estas contracciones. Y su práctica ha sobrepasado ampliamente toda imposición teórica reduccionista, cuya vigencia queda en consecuencia anulada. Esto nos obliga, sin lugar a dudas, a replantearnos el carácter y el alcance que las prescripciones globales pueden tener. Así como el modo en que hemos de controlar las actuaciones en nuestro patrimonio arquitectónico sin llegar coartar por ello el correcto desarrollo de las mismas.

LAS INTERVENCIONES EN EL PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO DEL SIGLO XX FRENTE A LAS DECLARACIONES INTERNACIONALES SOBRE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN

Ya la Carta de Atenas de 1931, resultado de la primera conferencia internacional relevante dedicada al patrimonio, adolece en algunos de sus puntos del referido dogmatismo excluyente. Se trata de un tipo de discurso probablemente herencia del planteamiento axiomático de los principios del conocido como *Restauro Científico*. Pues éste tendría

un papel fundamental en la redacción de dicho documento a través de la figura de Gustavo Giovannoni. Su texto es rico en expresiones tan integradoras como “predomina la tendencia general a”, “la Conferencia recomienda (...) cuando sea posible” o “será aconsejable”. Pero no duda en militar por tendencias marcadamente conservacionistas al abogar por la diferenciación sin cortapisas de cualquier nueva adición o por el empleo de las últimas innovaciones técnicas, y particularmente por el uso del hormigón armado. Al hacerlo, limita o condiciona en exceso las actuaciones de restauración, reintegración o reconstrucción arquitectónica que podrían ser necesarias o recomendables en determinadas situaciones.

Cualquiera de las más significativas intervenciones que hemos llevado a cabo en los principales hitos arquitectónicos modernos, desde las acometidas en la Villa Savoye o la Weissenhofsiedlung, que podríamos considerar como pioneras, hasta ejemplos más recientes como los de la Villa Müller o la Lever House, contradice rotundamente la validez general de estos postulados. Pero su dominio no llegaría tan lejos. La destrucción sin precedentes que la Segunda Guerra Mundial supuso para nuestro patrimonio arquitectónico y urbano pondría pronto en evidencia lo inconveniente de la aplicación rigurosa de este tipo de principios. Planteados con independencia de los valores, potencialidades o amenazas hallados en las investigaciones conducentes a la definición de la intervención requerida por cada caso particular. Como consecuencia, tuvo lugar una revisión general de sus posturas dentro del marco del denominado *Restauro Critic*. En ella destacaron las aportaciones de Roberto Pane, Renato Bonelli y, principalmente, Cesare Brandi, cuya *Teoría del Restauro*, publicada en 1963, supondría un notable referente para la evolución de la disciplina. Entre las novedades incluidas en esta obra aparecen importantes matizaciones sobre los posibles excesos en la diferenciación de nuevos añadidos (2007:27):

Una laguna, en lo que se refiere a la obra de arte, es una interrupción del tejido figurativo. Pero, contrariamente a lo que se cree, lo más grave respecto a la obra no es tanto lo que falta cuanto aquello que se inserta indebidamente.

No podemos aventurar cómo habría evolucionado la práctica de la restauración si puntualizaciones como ésta no hubieran tenido lugar. Pero sí señalar que no habríamos sido capaces de restaurar lo que realmente valoramos de nuestras más preciadas obras de Mies van der Rohe o Frank Lloyd Wright sin haber tenido en cuenta tales consideraciones. Si cada restaurador hubiera determinado intervenir en ellas con la arquitectura propia de su tiempo,

en abierto contraste con la materia preexistente, el Museo Guggenheim de Nueva York, por ejemplo, sería muy distinto del que hoy conocemos y su aspecto sería el de una ruina tal vez no muy atractiva o el de un collage arquitectónico en el que no quedaría más que vago recuerdo del proyecto original.

En cualquier caso, la influencia del *Restauro Critico* sigue vigente y quedaría reflejada en el siguiente gran documento internacional, la Carta de Venecia de 1964. En ella se intentó en principio atenuar el abandono en el que su predecesora había sumido a los valores arquitectónicos o artísticos del patrimonio construido. Sin embargo, la hegemonía de lo material sobre otros aspectos de la arquitectura continuaría incólume. Por esta causa, volvía a afirmar la mayor conveniencia de unos tipos de intervención frente a otros, sin asumir aún lo incoherente de semejante posicionamiento. Así, pese a hacer hincapié en la singularidad de cada intervención en particular, sus postulados volvían a incluir consideraciones parciales entendidas como generalizables para todo nuestro patrimonio, y con mayor radicalismo si cabe, dado el tono categórico de su articulado. En él encontramos limitaciones tan tajantes como “la restauración es un proceso que debe tener un carácter excepcional”, “cualquier trabajo destinado a completar, considerado como indispensable por razones estéticas y teóricas, debe distinguirse del conjunto arquitectónico y deberá llevar el sello de nuestra época” o “deben respetarse todas las aportaciones que definen la configuración actual de un monumento, no importa a qué época pertenezcan, dado que la *unidad de estilo* no es el fin de la restauración”. Imposiciones que quedan en entredicho si analizamos la mayoría de las transformaciones sufridas por nuestro patrimonio edificado del siglo XX a través de las muy diversas obras de restauración y conservación en él acometidas. Incluso resulta sencillo recordar casos muy significativos en los que el proceder de la intervención ha tenido por necesidad que ser radicalmente contrario a todas las mencionadas prescripciones, como los de la Cité de Frugès en Pessac o el conjunto de la Bauhaus en Dessau. Ambos ampliamente restaurados en su estilo original y en los que se han suprimido la mayoría de los estratos materiales que fueron alterando su configuración primigenia.

Sin embargo, y pese a lo extendido de este último tipo de prácticas, este texto sigue siendo frecuentemente reivindicado como referente. Lo fue de hecho, aunque resulte contradictorio, en la última gran restauración del mencionado conjunto de la Bauhaus (Rivera Gámez: 210-221). Tal vez a causa de ello se renunció a reconstruir

tanto la casa de Moholy-Nagy como la “Casa del Director”, que habían desaparecido por completo. Mientras que, por el contrario, el edificio principal, ya ampliamente reconstruido en los años 70, fue devuelto a su imagen original, al igual que lo fueron las casas del resto de profesores. De hecho, resulta muy significativo en concreto el caso de las viviendas de Kandinsky y Klee, donde se recuperaron los colores con los que Gropius las había diseñado. Con ello se prescindió de las modificaciones introducidas por sus ocupantes, cuyo propio prestigio como artistas podría haber sido un valor suficiente para su conservación o recuperación. Pero claramente no es esto lo que priorizamos en este tipo de patrimonio.

Este tipo de complejos que parecen paralizar ciertas actuaciones están siendo progresivamente superados y especialmente importantes resultarían los avances reflejados en la Conferencia de Nara de 1994 sobre la autenticidad del patrimonio. En ella se declara juiciosamente al fin que “la conservación del patrimonio histórico bajo todas sus formas y en toda época se funda en los valores que se atribuyen a ese patrimonio”. Los cuales se caracterizan por diferir en cada cultura y en cada tiempo, por lo que “no es posible basar los juicios de valor de autenticidad sobre criterios fijos”. De tal modo, ha de determinarse antes de cada intervención la acepción de autenticidad que mejor se ajuste al patrimonio que sea su objeto. Y ésta puede ser relativa a diversas fuentes como “concepto y forma”, “uso y función”, “tradición y técnicas”, “situación y entorno”, etc.

Mas la aceptación de semejantes evidencias dista de ser generalizada y así la Carta de Cracovia de 2000, que se autodeclara “en el espíritu de la Carta de Venecia”, incurre de nuevo en viejas restricciones que parecían estar ya definitivamente superadas por la realidad de la práctica. De manera que se restablecen a modo de universales postulados como “debe evitarse la reconstrucción en *el estilo del edificio* de partes enteras del mismo”. Lo cual resulta cuanto menos sorprendente en un momento en el que no sólo las intervenciones sobre nuestro patrimonio moderno estaban demostrando requerir con frecuencia tales actuaciones. Sin olvidar que comenzaba a generalizarse la reconstrucción parcial o total de edificios desaparecidos, como el Café de Unie o el Pabellón Barcelona, o incluso de proyectos jamás construidos, como la Monona Terrace de Madison, Wisconsin. Y pocos ponen ya en duda la valía y el interés de semejantes iniciativas.

Sus aún restrictivos argumentos pueden ser directamente rebatidos apoyándonos en la defensa de la

“autenticidad arquitectónica” frente a la dictadura de la “autenticidad material”, tal como hiciera con clarividencia Antoni González Moreno-Navarro (1997: 22), quien llamó la atención sobre el impacto negativo del modo en que a menudo seguía denostándose a la primera frente a la segunda:

Son más auténticos un muro de carga o una bóveda que trabajen tal y como fue previsto originalmente, aunque todos sus ladrillos, mampuestos o dovelas sean nuevos, que un muro o una bóveda cuyos elementos hayan sido materialmente conservados pero que hayan perdido su capacidad mecánica (...).

Los valores genuinos de una arquitectura (forma, espacio, sistema estructural, materiales, texturas, etc.) que hayan sido acreditados mediante la investigación científica como originales pueden ser tenidos por auténticos y merecen ser conservados (o recuperados, si se perdieron), y transmitidos a las futuras generaciones. Y al igual que la recuperación de la autenticidad documental del monumento, puede plantearse la de la autenticidad funcional o significativa, casi siempre estrechamente relacionadas.

Pero esta dialéctica sólo nos llevaría a equilibrar la balanza entre ambas “autenticidades”, desembocando inevitablemente en la al parecer irresoluble Paradoja de Teseo. Por ello, hemos de acometer el problema enfrentándonos directamente con el propio modo en que hemos tenido que proceder hasta el momento a la hora de intervenir en este tipo de patrimonio arquitectónico. Ya que ha puesto particularmente de manifiesto cómo cada proyecto de restauración necesariamente supone ya en sí mismo un complejo catálogo de decisiones. Todas ellas tan minuciosamente sopesadas como diversas en su enfoque del problema en cuestión, en la clase de “autenticidad” a la que determinan dar prioridad. Y, por supuesto, ajenas a las prohibiciones que los citados documentos estipulan. Sin excluir en ningún momento restauraciones o incluso reconstrucciones completas cuando nuestro afán de preservación, nuestro “culto a los monumentos” así lo requiere.

LA PRESERVACIÓN DE LA AUTENTICIDAD EN EL PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO DEL SIGLO XX

Aunque es innegable la singularidad de cada caso y la necesidad de someter cualquier principio a los particulares requerimientos de cada bien a preservar, también lo es que han existido unos caracteres comunes más o menos generalizados en el modo en que se han enfocado las labores de restauración y conservación de este tipo de patrimonio. Los términos en los que se ha entendido hasta

el momento qué es lo propiamente auténtico que queremos mantener de él son prácticamente constantes. Y tales rasgos definen una singularidad que no puede seguir siendo obviada desde otros ámbitos del mundo de la restauración, pues repercute en nuestro entendimiento global de la preservación del patrimonio arquitectónico.

Primeramente, es importante señalar que en una amplia mayoría de las restauraciones de edificios de este período han sido suprimidas las modificaciones sufridas por ellos cuando éstas no se debían a su autor primigenio. Y se ha obrado así con independencia de que éstas fueran mejoras técnicas o adecuaciones a los gustos y necesidades cambiantes de sus sucesivos usuarios, ya que tales cambios materiales generalmente iban en detrimento del adecuado disfrute y percepción de los valores de los proyectos originales.

Es decir que, al tratarse de arquitecturas en las que la autoría resulta fundamental y en las que aquello que se nos presenta como singularmente relevante son los conceptos o ideas plasmadas en ellas, son éstas las que se sitúan por encima de todo criterio en cualquier proyecto de intervención de este tipo. Por esta causa, gran parte de ellos suponen verdaderas proclamaciones de la primacía de la “autenticidad arquitectónica”. Esto no significa que no se valore o se considere poco relevante la conservación de la materia original de los edificios, sino que no hay ningún pudor por sustituir o rehacer todo elemento constructivo deteriorado o desaparecido por réplicas lo más exactas posibles de los mismos. Es más, si tales reproducciones no son ya técnicamente posibles o son incompatibles con su correcta utilización y mantenimiento en el futuro, tampoco lo hay por suplirlos por otros tan solo semejantes a ellos en apariencia. Así, en la restauración actualmente en curso de la antigua Terminal de TWA en el aeropuerto JFK de Nueva York podemos comprobar cómo se ha restituido deliberadamente hasta el último de los detalles del edificio del modo más fidedigno posible, sin detenerse al tener que introducir mejoras técnicas allá donde fuesen necesarias.

Con la difusión de la modernidad en la arquitectura la baja durabilidad de muchas de las soluciones originales dispara la necesidad de recurrir a este último tipo de criterios (Jonge 1993: 164). El hecho de ser a menudo edificios que rompían deliberadamente con las tradiciones constructivas de los lugares en los que se erigían, poseyendo por tanto un carácter relativamente experimental, ha multiplicado los problemas patológicos y de acondicionamiento ambiental sufridos por ellas. Y éstos son resueltos mayoritariamente del modo que menos afecte perceptivamente al diseño original del conjunto. Las intervenciones en edificios tan emblemáticos como la Casa

de la Cascada, la Casa Farnsworth o la Fábrica Van Nelle o reconstrucciones como la del Pabellón Barcelona han dado lugar a una profusión de decisiones de esta clase.

No hay lugar en estas obras para la superposición histórica y tampoco suele haberlo para el conocido como valor de antigüedad. En raras ocasiones, como testimonio histórico de posible interés para un público especializado, se dan casos en que se determina mantener un testigo del estado de la obra previo a la restauración. Pero únicamente se actúa de tal modo allí donde quede adecuadamente oculto o disimulado y no haya ningún riesgo de perjuicio para su imagen global. La Tienda Olivetti de Venecia, recientemente restaurada a su imagen primitiva, para lo cual se han recuperado incluso las máquinas de escribir de la época, constituye un buen ejemplo en este sentido. Tras ascender por su famosa escalera, podemos observar en la cara posterior del pilar que encontramos a nuestra derecha un pequeño fragmento de revestimiento de tono más oscuro que el circundante, un pequeño e inesperado vestigio de un momento histórico del edificio cuya aportación al conjunto carecía de interés alguno y fue por tanto suprimido.

Es más, hemos podido asistir incluso a reconstrucciones de edificios desaparecidos en un emplazamiento distinto al que originalmente tenían, como en el caso del pabellón español de la exposición Universal de París de 1937, que hoy puede ser disfrutado en Barcelona.

Por supuesto, una reconstrucción total de un edificio, por muy precisa y virtuosa que sea, nunca reemplazará totalmente a un edificio original. Nunca será una réplica exacta. Parte de sus valores se perderán en el proceso o serán reemplazados por otros. Llevará también la huella de un tiempo distinto, el de sus nuevos constructores.

Somos conscientes de la distancia que media entre el original y su réplica. No porque la calidad de su ejecución vaya a ser menor, que no lo es, o porque no sea posible saber cómo estaban resueltos todos los detalles del edificio, sino porque toda réplica es, sin duda, una reinterpretación (Solá-Morales 1993: 39).

CONCLUSIONES FINALES

Todas estas experiencias suponen una constante transgresión de los principios de las principales cartas internacionales citados inicialmente. Como hemos analizado, de haber sometido los criterios de intervención aplicados a nuestro patrimonio arquitectónico del siglo XX a los dictados de los postulados teóricos generales de las grandes declaraciones sobre conservación y restauración o

de algunos de sus más destacados críticos, no podríamos disfrutar hoy en día precisamente de aquello que pretendíamos conservar.

Sigue olvidándose pues con frecuencia que cualquier posicionamiento apriorístico frente a los criterios de intervención en nuestro patrimonio resulta contrario a sus propios fines. Por tanto, es el momento de reivindicar que la teoría y crítica de la restauración concentre sus esfuerzos en brindar a la práctica profesional un adecuado marco técnico y metodológico y deje a un lado esas injerencias restrictivas que pueden llegar a coartar el óptimo desarrollo de la misma.

El debate y la controversia siguen siendo beneficiosos y necesarios, pero deben aplicarse no tanto a los fines como a los medios, pues los primeros son propios de cada cultura y cada patrimonio, evolucionan y cambian. En consecuencia, sobrepasarán siempre cualquier intento de inmovilizarlos. Así ha ocurrido en el campo del patrimonio construido del siglo XX.

Si el concepto de autenticidad y los valores que reconocemos en nuestro patrimonio son relativos, como ya señalara con notable anticipación Aloïs Riegl y como reconociera el Documento de Nara de 1994, no podemos seguir obstaculizando sus adecuados reconocimiento y tratamiento. Por el contrario, hemos de seguir trabajando por proporcionarle las herramientas apropiadas para que toda intervención sea acometida con el rigor que merece, sin desviarse ni un ápice de unos fines que son y han de ser siempre comunitarios.

BIBLIOGRAFÍA

- BRANDI, C. (2007): *Teoría de la restauración*, Alianza, Madrid.
- CARBONARA, Giovanni (1987): "La reintegrazione dell'immagine" en *Anastilosì. L'Antico, el restauro, la città*, pp. 81-85. Roma/Bari, Laterza.
- DEZZI BARDESCHI, Marco (2006): "Conservar, no restaurar. Hugo, Ruskin, Boito, Dehio et al. Breve historia y sugerencias para la conservación en este milenio" en *Loggia*, nº17, Año VIII, pp. 16-35. Valencia, Universidad Politécnica de Valencia.
- ESPINET MESTRE, Antoni / HERNÁNDEZ LEÓN, Juan Miguel / UBACH NUET, Antoni (1993): "Reconstrucción del pabellón español en la Exposición Universal de París de 1937", en *On Disegno*, nº140. Barcelona, Aram Ediciones.
- GARDELLA, Jacopo (1998): "La reconstrucción del pabellón de arte contemporáneo (Milán) de Ignazio Gardella" en *Loggia*, nº6, Año II, pp. 80-89. Valencia, Universidad Politécnica de Valencia.
- GIMMA, Maria Giuseppina, ed. (1993): *Il restauro dell'architettura moderna*. ANIASPER, Roma.
- GONZÁLEZ MORENO-NAVARRO, Antoni (1997): "Falso histórico o falso arquitectónico, cuestión de identidad", en

- Loggia*, nº1, Año I. Valencia, Universidad Politécnica de Valencia.
- JOKILEHTO, Jukka (1999): *A History of Architectural Conservation*. Oxford, Elsevier.
- JONGE, Wessel De (1993): “Docomomo strategie varie per la Conservazione dell’Architettura del Movimento Moderno in Europa”, en Maria Giuseppina Gimma, ed., *Il restauro dell’architettura moderna*. ANIASPER, Roma.
- (2005): “Continuity and Change in the Architecture of Van Nelle”, en Anne Mieke backer, D’Laine Camp y Matthijs Dicke, eds., *Van Nelle. Monument in Progress*, De Hef, Rotterdam.
- KRAVCHENKO, Serguéi (1998): “Restauración de la biblioteca de Viipuri”, en *Loggia*, nº4, Año II, pp. 32-49. Valencia, Universidad Politécnica de Valencia.
- KRIER, Leon (2007): *Architecture: Choice or Fate*. Londres, Papadakis Publisher.
- MALDONADO RAMOS, Luis / RIVERA GÁMEZ, David / VELA COSSÍO, Fernando, eds. (2005): *Los estudios preliminares en la restauración del patrimonio arquitectónico*. Madrid, Mairera.
- MARCONI, Paolo (2003): *Il recupero della bellezza*. Milán, Skira Editore.
- MARKGRAF, Monika, ed. (2006): *Archäologie der Moderne / Archeology of Modernism. Sanierung Bauhaus Dessau / Renovation Bauhaus Dessau*. Berlín, Jovis Verlag.
- PAIJMANS, Willem Jan / MOLENAAR, Joris (2001): “A Modern Villa from 1933 in 2001 *As if nothing has happened*”, en VV. AA., Brinkman and Van der Vlugt. The Sonneveld House. An Avant-Garde Home from 1933. Rotterdam, Nai Publishers.
- RIEGL, Aloïs (2008): *El culto moderno a los monumentos*. Madrid, Antonio Machado Libros.
- RIVERA GÁMEZ, David: “La recuperación y documentación de la arquitectura del Movimiento Moderno” en *El estudio histórico preliminar como instrumento metodológico auxiliar en el proyecto de restauración arquitectónica*, pp. 183-284. Tesis doctoral inédita. Leída en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid en 2009.
- RUSKIN, John (2007): *Las siete lámparas de la arquitectura*, México D.F., Ediciones Coyoacán.
- SOLÁ-MORALES, Ignasi de / CIRICI, Cristian / RAMOS, Fernando (1993): *Mies van der Rohe: el Pabellón de Barcelona*. Barcelona, Gustavo Gili.
- (2006): “La reconstrucción del Pabellón Alemán de Barcelona”, en Ignasi de Solá Morales, *Intervenciones*, pp. 101-117. Barcelona, Gustavo Gili.
- URLICH, Petr (2001): “La villa del Dr. Müller en Praga y su autenticidad”, en *Loggia*, nº12, Año IV, pp. 52-65. Valencia, Universidad Politécnica de Valencia.
- WAGGONER, Lynda S. (2000): “La preservación de un icono norteamericano. La Casa de la Cascada” en *Loggia*, nº10, Año IV, pp. 38-59. Valencia, Universidad Politécnica de Valencia.

ALEJANDRO GARCÍA HERMIDA. Arquitecto por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid (UPM), en la que se encuentra en la actualidad realizando su tesis doctoral. Máster Oficial en Restauración y Conservación del Patrimonio Arquitectónico y Especialista en Arqueología de la Arquitectura por la misma universidad. Actualmente es profesor de las asignaturas Historia y Teoría de la Restauración Arquitectónica y Patología y Rehabilitación en la Universidad Alfonso X El Sabio. Y ha participado como profesor invitado en el Máster Oficial en Restauración y Conservación del Patrimonio Arquitectónico, en el Máster en Diseño y Arquitectura de Interiores de la UPM y en otros cursos nacionales e internacionales. Ha colaborado en labores de investigación para la restauración y conservación de numerosos edificios y conjuntos históricos, entre los que pueden destacarse el castillo de Brihuega (Guadalajara), el yacimiento romano de Soto de Mozanaque en Algete (Madrid), los monasterios cistercienses de Santa María de Monsalud en Córcoles (Guadalajara) y de Santa María de Valdeiglesias en Pelayos de la Presa (Madrid), la iglesia mudéjar de San Andrés en Toledo y el complejo real de las Grutas de Felipe II en el Reservado Chico de la Casa de Campo de Madrid. Y en otros proyectos de investigación como el estudio de la renacentista Plaza de la Hora en Pastrana (Guadalajara) y el análisis de la evolución histórica del tejido urbano y el trazado de la cerca defensiva de la misma localidad.